

ORGANIZACION SOCIAL Y CULTURA POPULAR

CRISTINO ESCAÑO, S.J.
JESUS ZAGLUL, S.J. y
DAVID PANTALEON, S.J.

Al hablar del hombre dominicano en general, de la cultura del pueblo dominicano, podríamos dar la impresión de que somos una perfecta unidad cultural como pueblo, que la historia provoca en el dominicano una respuesta común; de tal manera, que aunque dijéramos que existe una división social dominados-dominadores, la cultura de las clases dominadas parecería una versión o una réplica de los marcos ideológicos dominantes.

Nosotros no concebimos la existencia de tal unidad cultural. Creemos que la Cultura "nacional" está disgregada en diversas subculturas; y que, aunque la cultura dominante influye sistemática y estructuralmente sobre las dominadas, no las reduce totalmente, ni las absorbe.

Afirmar esta heterogeneidad cultural es esencial para desarrollar nuestra tesis, pues nos abrimos a la alteridad que cuestiona desde su exterioridad el sistema dominante.

"La cultura nacional es, por definición, un compuesto de varias subculturas del Capitalismo. O, mejor dicho, la cultura burguesa dominante no se reproduce totalmente en la cultura del proletariado industrial o agropecuario. A pesar de ser dominante, no contiene a las otras".¹

Esta afirmación también nos permite profundizar más en la observación y estudio de la sociedad dominicana. No podemos caer en la teorización que hacen las clases dominantes al elaborar un marco ideológico que llaman criollo, para asegurar la cohesión social allí donde el modo de producción capitalista está desarrollándose con mayor solidez. Es el caso de las grandes capitales donde se quiere presentar la dominación social y la situación de las zonas marginadas, como un hecho natural.

Es necesario pues, invertir ese proceso a través del cual se universaliza el modelo burgués, para descubrir cómo las zonas marginadas no están absorbidas en el modo de producción capitalista y se organizan a partir de marcos ideológicos diferentes de ese "modelo burgués universal"; aunque se mantiene bombardeado continuamente por esa ideología dominante que propugna una aparente coherencia en los marcos ideológicos y la creación de un universo ilusorio de referencia única. El fracaso de esta pretensión de la cultura dominante se refleja en el hecho de tener que recurrir continuamente al uso de la violencia y el terror para forzar el mantenimiento de un orden social, que no es posible bajo las condiciones de opresión que genera el capitalismo dependiente.

En este sentido, nos parece acertada la reflexión de Casimir en su libro sobre la Cultura Oprimida cuando insiste en la presencia de esta alteridad dentro de la dominación:

"La reproducción del aparato de dominación, no se puede conseguir sino mediante la coacción cultural. Es un hecho obvio que las reglas de la vida pública (política y económica) son acatadas por todos; pero de ello no se puede inferir que la razón de ser de dichas reglas se percibe como una manera natural de vivir, lo único que se desprende de ahí es que estas reglas son la alternativa única de sobrevivencia dentro de una lucha social que a diario está ganando la fracción dominante".²

En el caso de los marginados urbanos, vemos que éstos viven enfrentados a un doble mundo: el mundo cerrado, mundo que ellos dominan y el mundo que está fuera del barrio, mundo del no-sentido, complicado, donde no hay lugar para ellos, que los domina y los frustra cada día. Frente al mundo de "afuera", aceptar sus reglas no significa percibir su racionalidad, sino simplemente sobrevivir, porque ese mundo parece inamovible; mundo de los empresarios, los patronos, los carros "pescuezo largo" y las casas grandes.

Los marginados viven en otro mundo, pues hay un "muro grande" entre el barrio y las zonas ricas, como vemos en esta observación de Jorge Cela:

"Para muchos la vida transcurre en el barrio: trabajo, hogar, compras, diversiones, estudio. El mundo exterior a él es extraño y ajeno (...) Es la capital para los de los Alcarrizos, Las Palmas y Buenos Aires; son los de "allá abajo" para Guachupita y Simón Bolívar".³

El oprimido vive conforme a una racionalidad distinta de la del opresor, racionalidad generada esencialmente en su ámbito apartado, propio, en donde no tienen vigencia los postulados que sostienen la sociedad dominante.

En este punto nos aclara Casimir diciendo:

“En el caso de las personas involucradas en modos de producción dominados (...) su vida privada se ubica más allá de las reglas “oficiales”: por el tipo de consumo y de distribución; por la composición de la familia, el papel de la mujer en la sociedad, la educación de los niños; por el lenguaje, la religión, la percepción de la sociedad nacional y la percepción de la naturaleza en general”⁴

Trataremos de percibir esta racionalidad distinta ubicando primero al “chiripero” dentro del Capitalismo dependiente, y luego dentro de la estructura de clases urbana, analizando finalmente su modo de organizar la familia, el trabajo y su capacidad organizativa.

I.—MARGINALIDAD URBANA Y CAPITALISMO DEPENDIENTE.

Los marginados son hijos legítimos de un capitalismo dependiente que los separó en el campo de sus medios de producción y los hizo huir hacia la ciudad.

El nuevo medio físico y social transformó su respuesta cultural, de modo que la subcultura de la marginalidad urbana no puede interpretarse como semicampesina, aunque es indudable la fuerza que sigue ejerciendo el viejo sustrato cultural.

Los barrios marginados fueron, pues, el resultado de ese éxodo campesino masivo que reunió en la misma zona dominicanos de los más distintos lugares del país, y que sufrieron un fuerte proceso de descampesinización y de aculturación en la nueva realidad social urbana marcada por la opresión, la desigualdad y la decadencia. Este éxodo campesino ha hecho en nuestro país lo que Jorge Cela ha llamado un monstruo macrocefálico:

“Los asentamientos urbanos de los países dependientes de América Latina tienen sus características propias, una ciudad, generalmente la capital, se convierte en la cabeza de puente de la dependencia y como tal centraliza la actividad económica (...) Atrae así, grandes masas de desempleados rurales y de otros núcleos urbanos menores, convirtiendo el país en un monstruo macrocefálico”.⁵

Este monstruo macrocefálico tiene como cabeza a Sto. Dgo. con más de la quinta parte de la población nacional, 44.39 por ciento de la población urbana y el más rápido ritmo de crecimiento nacional. Aquí situamos a nuestras familias marginadas urbanas, cuyas características nos referirán continuamente a su

ascendencia campesina, su lugar en la estructura de clases urbana y su modo de sobrevivir.

La estructura de clases de la ciudad se define de acuerdo a la capacidad que tenga determinado grupo social, de adquirir las tierras mejor urbanizadas, mantener los servicios urbanísticos y mejorarlos.

“En la ciudad nos encontramos en un medio productor no agrícola. Las clases sociales, por tanto, no se estructuran sobre la propiedad de la tierra. El valor de la tierra no está determinado por su capacidad productiva, sino por su capacidad habitacional y comercial, es decir, por los servicios con que el hombre la modifica”.⁶

Los barrios marginados se encuentran en el extremo de esta posibilidad adquisitiva. Sufren la insuficiencia de los servicios más elementales. Y aunque en estos barrios hay una mezcla heterogénea de distintos grupos sociales (el lumpenproletariado, parte del proletariado e incluso de la pequeña burguesía) lo común es la predominancia del sector de la superpoblación relativa que determina la constitución cultural del barrio.

“... la superpoblación relativa (...) marca el perfil cultural del barrio, es decir, ese complejo quehacer colectivo que va constituyendo las costumbres, valores, expresiones e instrumentalización de la vida cotidiana”.⁷

La superpoblación relativa es ese ejército industrial de reserva, que constituyen los desempleados y sub-empleados. Estos tienen en nuestro país las características típicas de la estructura laboral latinoamericana.

La superpoblación relativa urbana está constituida por diversos sectores: los desocupados, que son la fuerza de trabajo totalmente incapacitada de reproducir esa fuerza de trabajo; el trabajador independiente, que son los ocupados en el nexo no capitalista; y los “chiriperos”, un sector importante para entender la superpoblación relativa urbana frente a la incapacidad del sistema de emplearlos.

Nosotros nos fijaremos esencialmente en los “chiriperos”. No pretendemos un análisis sistemático global de toda la Cultura Popular dominicana, sino discernir en un sector específico y concreto de los agentes de esta Cultura Popular, algunas características en las que están presentes ya los elementos-base de un proyecto liberador y, por tanto, de una Filosofía de la Liberación.

1.1 LOS CHIRIPEROS.

1.1.1 LA FAMILIA DEL CHIRIPERO

La familia marginada es una muestra en pequeño de la compleja situación social que se vive en los sectores marginados, como consecuencia del modo de producción capitalista.

Es necesario ubicar continuamente su problemática en un contexto global, porque ella es consecuencia y respuesta a una estructura económica determinada.

*“La definición socioeconómica del grupo familiar en cuanto vive a horcadas entre dos modos de producción, determina sus formas de organización interna como adaptaciones de su condición de dependencia a las estructuras dominantes. Esta dependencia es una consecuencia y reproducción de las estructuras de la sociedad global enmarcada en un capitalismo dependiente”.*⁸

La familia del “chiripero” se constituye y se estructura dentro de un mundo de escasez y limitaciones que enfatizan sus inseguridades y dependencias, pero acrisolan otras virtudes y valores. El trigo y la cizaña crecen juntos.

La familia del “chiripero” está configurada por modos particulares de relación entre sus miembros y, por lo tanto, con valores y normas correspondientes. Esta familia es generalmente matrifocal. La relación característica es madre-hijos, mientras la figura del padre es inestable y fluctuante. En la familia del “chiripero” tenemos el caso de mínima autoridad paterna. La relación hombre-mujer es muy inestable. La desesperante situación económica, unida a otros factores, suele separarlos, y la mujer recurre a una segunda relación para asegurar el aporte económico. Es frecuente también el caso de esposas abandonadas o separadas que han tenido que levantar su familia ellas solas lavando y planchando o con la cooperación de amigos, vecinos y familiares.

Se suele decir, partiendo de los valores-normas de las familias de la clase dominante o sectores medios, que en la marginalidad la familia está desintegrada o en proceso de serlo, y que la cohesión y la solidaridad son extremadamente débiles. Pero esta afirmación no es del todo correcta, como nos dice Quijano en su libro sobre “Marginalidad y Dependencia”:

“Este enfoque usa estereotípicamente una noción de la institución familiar, que asimila las características de la familia normal de las capas medias

a toda familia posible (...) Frente a eso, quizás sea prudente mantenerse en cautela y pensar que en el caso de la marginalidad se trata de una familia con otras características de integración y solidaridad".⁹

La madre marginada adquiere un papel de mártir y de heroína, ella simboliza la integración familiar. Alrededor de ella se construye la familia, los hijos suelen quedarse con la madre cuando los padres se separan y la madre se rejunta. Por otro lado, las relaciones familiares no terminan en el grupo madre-hijos, sino que se abren a una red de parentescos y compadrazgos que crea mecanismos de ayuda económica y de apoyo moral.

Las redes de solidaridad que no se pueden establecer a partir de un trabajo común (por la falta de empleo) o por las organizaciones, dada la baja militancia activa de este sector en actividades que implican constancia, planificación y revisión, se establecen muy cerca de la propia casa, en ese mundo cerrado y centrado en una familia matrifocal, ampliada por otros familiares, compadres y vecinos.

A la madre le corresponde ese mundo que hay dentro de la casa, que supone: cocinar, lavar, planchar, cuidar los hijos, y limpiar la casa. Le toca, en cierto modo, construir un universo de sentido en medio de la escasez y la limitación, que la obligan, generalmente, a "chiripear" a su manera y a mandar a sus hijos a la calle desde temprana edad a "conseguir algo".

Al padre o al esposo, le corresponde, sobretodo, el mundo de la calle, de "afuera", donde la vida es una aventura, no se sabe lo que habrá, hay que enfrentarse a lo que aparezca. Es ahí donde se juega el pan de cada día en la incertidumbre de lo inesperado, en un mundo que no puede controlar y que cotidianamente lo aplasta y lo exprime.

Fernando Ferrán en su estudio sobre la familia nuclear en la subcultura de la pobreza dominicana, define estos dos mundos en función de la división del trabajo respecto al cuidado de los hijos, y nos dice que la familia:

"... se encuentra subdividida en un mundo masculino y otro femenino. A ellos vienen a corresponder un espacio personal y familiar propio del mundo femenino; y un espacio ajeno, extraño y extra familiar propio del mundo masculino".¹⁰

En el mundo de dentro de la casa el hombre quiere afirmarse controlando, mandando; sus actitudes machistas despiertan. Las peleas y los gritos frente a la

mujer y sus hijos, son una catarsis ante su frustración fundamental en la vida, y el anuncio de la entrada en el mundo de sus "dominios", donde también siente que va perdiendo su autoridad ante la ineficiencia de su rol.

El mundo de dentro de la casa se complica por la falta de espacio vital, el hacinamiento. Las casas se amontonan unas sobre otras, separadas por estrechos callejones y casi sin jardines. Las familias, siendo muy numerosas, conviven en un espacio muy escaso. Como nos describe Jorge Cela:

"La falta de espacio familiar elimina la posibilidad de la privacidad. No existen espacios individuales, privados, reservados a un determinado miembro de la familia y toda conversación o ruido se oye en las habitaciones, e incluso en las casas contiguas".¹¹

Desaparece ese marcado sentido del pudor que se da en las clases medias y altas. Los niños escuchan todas las conversaciones, los comportamientos se hacen públicos. Esto provoca, a veces, ansiedad ante la imposibilidad de una vida privada y riñas entre vecinos; pero permite por otro lado, una constante línea de "comunicación" y una gran apertura a los problemas del otro. En caso de situaciones de emergencia, los vecinos acuden y ayudan en lo que pueden.

El medio le da los medios, las propias limitaciones del medio geográfico (en este caso del hacinamiento) se vuelven su defensa en situaciones conflictivas, como vemos en el caso de las persecuciones policiales: el barrio se convierte en un complicado laberinto de callejones y patios donde se esfuman como por arte de magia los jóvenes del barrio.

El barrio, el vecindario es una prolongación del habitat familiar. Los niños se crían en las calles; allí juegan, allí trabajan desde temprano. La educación familiar prepara a las niñas para que ayuden en el mundo de dentro de la casa, y los niños salen a la calle de vendedores, limpiavidrios, al mundo masculino, al mundo de "fuera".

1.1.2. El Trabajo del Chiripero.

La característica más notable del hombre, lo que lo distingue, lo que lo define, es su trabajo. Por el trabajo el hombre entra en relación con su medio; transforma su mundo y se transforma en la actividad creadora. Es de ahí que podamos decir que "la forma en que el medio determina lo que somos es el trabajo que hacemos para sobrevivir en ese medio".

El hombre para realizar su trabajo crea una tecnología, una organización

económica y política, una organización social. Alrededor del trabajo se construye la cultura.

El hombre se objetiviza, se descubre como creador en el producto de sus manos. Sus fuerzas, su inteligencia, sus habilidades, al encontrarse con el mundo, lo transforman en algo diferente, algo nuevo, donde el trabajador se encuentra a sí mismo.

Para el marginado, para el oprimido, el trabajo cumple una función muy distinta. El sistema capitalista dependiente ha hecho del trabajo una maldición, desvinculando al trabajador del fruto de su trabajo y de los medios para producir. En este sentido, si podemos hablar de la cruel explotación de que son víctimas los obreros, más cruel aún es la situación de los desempleados, de los marginados, obligados a sobrevivir en un mundo cerrado de posibilidades que los superexplota.

*“Si el trabajo asalariado representa la alienación económica de la condición humana, el desempleo y sus múltiples formas de disfrazarle representan su vaciamiento de expresiones creativas (...) el desempleado no es un desocupado, está ocupado en la búsqueda de empleo. Su tiempo libre, no es tiempo de ocio que se abre a la expresión artística (...) No tiene lugar de objetivación de su subjetividad donde afirmarse a sí mismo como creador”.*¹²

En nuestro país este desempleo (y sus múltiples formas de disfraz) no es un hecho aislado y reducido, sino una realidad que envuelve a la mayor parte de la fuerza de trabajo del país. Sólo en el caso de los “chiriperos” son impresionantes los datos que nos da Juan Bosch en su libro *Composición Social Dominicana*:

*“Los chiriperos eran un número grande al morir Trujillo, y en el año 1968 son alrededor de 400,000, es decir, la mitad de la fuerza de trabajo del país”.*¹³

En la capital, los “chiriperos” están concentrados en los barrios marginados. El “chiripero” típico es aquella fuerza de trabajo que “hace lo que aparezca”, un desempleado escondido en la “chiripa”.

*“La chiripa es la actividad casual del desempleado gracias a la cual puede sobrevivir. Su característica es la inseguridad: no sabe cuándo, dónde ni cómo aparecerá”.*¹⁴

Estas características del trabajo del "chiripero", trabajo imprevisible, implanificable, a "lo que Dios quiera", lo abre a lo real maravilloso, a lo que irrumpe en la historia inesperadamente.

El trabajador de la superpoblación relativa es, generalmente, un fracasado en el campo económico; esto le crea grandes inseguridades a nivel personal, familiar y social, sensación de impotencia, de inseguridad, de incapacidad. Como no se objetiviza en la actividad creadora de su relación con los objetos, éste busca su objetivación por la posesión de esos objetos.

"La superpoblación relativa se objetiviza mucho más en sus posesiones que en sus creaciones. Son sus muebles, efectos, electrodomésticos, ropa, medios de transporte, vivienda, fiestas, sus lugares de objetivación (...) Esta objetividad se constituye por tanto, en su alienidad".¹⁵

El capitalismo dependiente ha condenado al "chiripero" al nivel de la subsistencia y sin embargo no crea una situación explosiva por lo que Cela ha llamado "condición de chicle" de este sector.

"Este puede estirarse y multiplicarse indefinidamente. Se siguen multiplicando los servicios ofrecidos, los mecanismos de redistribución y sigue disminuyendo la productividad de la fuerza de trabajo".¹⁶

"Los "chiriperos" han incrementado el sector servicios. Ante la imposibilidad de otro tipo de empleo siguen inventando modalidades nuevas de "trabajo" en este sector, porque están dispuestos a hacer lo que sea para poder sobrevivir y a cobrar "lo que usted diga". Su trabajo le da un cierto aire de independencia del dominador ("a mí nadie me manda", "yo soy mi propio patrón", "yo no tengo horarios de trabajo"). Su trabajo fuera del barrio carece de una dimensión colectiva porque su relación con el mundo encuentra al otro como competidor; sin embargo, dentro de la familia y los amigos más cercanos, se da un proceso contrario de solidaridad en la necesidad. Como afirma Bosch:

"Una de las características sociales de este grupo es la estrecha identificación de sus miembros, que distribuyen entre sí lo poco que consiguen y se amparan los unos a los otros en cualquier caso de emergencia".¹⁷

Es frecuente entre los "chiriperos" auxiliarse de fuerza de trabajo familiar o de amigos que no reciben una gratificación inmediata, pero al que le debe corresponder con otras formas de gratificación: auxiliarlo en momentos difíciles, ayudarlo en otros trabajos, etc. Esto es una característica propia de este sec-

tor según nos dice Isis Duarte:

*“En los ‘chiriperos’ más que en otros sectores de la superpoblación urbana de la ciudad de Sto. Dgo. la fuerza de trabajo no se reproduce en forma individual, sino familiar. A mayor inestabilidad del jefe de familia, más importante es el aporte de los demás miembros para lograr aun sea una supervivencia precaria”.*¹⁸

Ciertamente notamos en los barrios una forma de organización familiar del “chiripero” en torno a la búsqueda de medios para la supervivencia, que le exige una cierta “unidad familiar e interdependencia con otros familiares y amigos. Porque el tipo de trabajo que realizan no les permitiría sobrevivir si no existieran esos mecanismos culturales que le garantizaran una supervivencia precaria.

Es sumamente importante, para su simple supervivencia, el mundo de relaciones. Cada nuevo día de trabajo y afanes le recuerda su no-autosuficiencia. En medio de las frustraciones y el hambre persiste una sana apertura a los demás que lo hacen servicial, sincero y afectivo, siempre y cuando las personas con que se relaciona logren entrar en su mundo de confianza, si no se ubica en ese mundo de afuera que los traiciona, los engaña y ante el cual saben guardar un “silencio de cuchillo guardado”.

*“Cuando ‘darse cuenta’ puede costar la vida, ‘no darse cuenta’ es una respuesta inteligente de ‘silencio de cuchillo guardado’. Es una forma de sobrevivir. Cuando en un barrio buscan a un vecino, nadie lo conoce aunque sean del mismo callejón, hasta que el que lo busca no se identifique. Porque no sabe si es cobrador o policía, y en cualquiera de los dos casos es enemigo”.*¹⁹

La solidaridad en la necesidad se manifiesta a muchos niveles: en la persecución, en la muerte, en la enfermedad, en la necesidad de un servicio común.

1.1.3 El Chiripero y su capacidad organizativa.

Los “chiriperos” son un sector difícilmente organizable, la inestabilidad de su empleo no permite la solidificación de una organización. Viven para lo inmediato, que se le torna dramáticamente urgente, perdiendo valores esenciales para la propia liberación: sentido de la planificación, organización, sentido de clase, valoración de sí mismo, constancia.

A todo esto se une la “condición de chicle” que ya hemos referido, y que

los lleva a aceptar niveles cada vez más altos de explotación. Cuando los hijos están hambrientos en casa, esperándolo, el "chiripero" no puede optar por los beneficios de una organización a largo plazo, porque la comida de hoy no está resuelta. En cierto modo, podemos decir que aprende a vivir bajo la dominación atado a un presente de necesidades y de precariedad.

"El chiripero no explota fácil porque se ha entrenado en la sumisión. Y cuando explota es violento como resultado de su frustración, pero difícilmente constante".²⁰

Su actitud sumisa ante el patrón, o ante el que le paga una chiripa es un mecanismo más de sobrevivencia, pero que no alcanza a ahogar ese resabio interior contra su situación que aflora en determinadas coyunturas políticas.

Ningún proceso de grupalización se realiza si no es a través de la diferenciación de los intereses específicos que están contenidos en la situación social que afecta a la población implicada, y de organización de estructuras de movilización de esos miembros en función de los intereses diferenciados. En este sentido, nos parece buena la reflexión de Aníbal Quijano en su libro "Marginalidad y Dependencia" y creemos que se adapta bastante a nuestra realidad dominicana. Seguiremos algunas de sus reflexiones.

Quijano establece dos niveles de interés social en la actual situación de marginalidad: por un lado, están los intereses básicos de satisfacer sus necesidades mediante la incorporación a la producción de la sociedad; y en ausencia de esta posibilidad, están los intereses inmediatos de sobrevivencia diaria para habilitarse de los servicios indispensables: alimentación, vestido y vivienda.

Pero la prolongación del actual sistema de dominación social agravará más los mecanismos de marginalización, e impedirá la satisfacción de los intereses básicos de los marginados. La satisfacción de estos intereses, entonces, supone, a la larga, la cancelación de la estructura de dominación.

En el nivel de los intereses básicos, los marginados coinciden con los intereses de los trabajadores asalariados en su conjunto (trabajo estable, ingreso suficiente y cancelación de la relación de explotación).

Los intereses inmediatos de sobrevivencia que se satisfacen de manera precaria y en su mínima expresión, concentran casi toda la preocupación de los marginados y los hace recurrir a relaciones asistencialistas con el Estado y empresas privadas, los obliga a aceptar salarios asfixiantes y a acrecentar las relaciones de solidaridad familiar, vecinal y de amistad.

La toma de conciencia sobre sus intereses básicos y la lucha y organización a este nivel es una tendencia débil, esporádica y precaria, pues permanecen en primer plano los intereses inmediatos.

El marginado tiene además serias dificultades para identificar el rostro del opresor. Decir que la "sociedad" o el "sistema" son los culpables de su situación es una afirmación carente de contenido real para ellos, y les cuesta mucho descubrir a los culpables de su situación. Su problema de conciencia de su realidad y su unidad con los obreros se complica en cuanto su condición de mano de obra, de ejército de reserva es una amenaza continua para las reivindicaciones de la clase obrera, que al menor reclamo, es sustituida sin reparos por cualquier "agraciado" entre la inmensa multitud desempleada.

La capacidad organizativa del marginado se concentra actualmente alrededor de la satisfacción de los intereses inmediatos, como son: las invasiones de tierras urbanas, la formación de asociaciones vecinales, las luchas por la vivienda. Esta tendencia es relativamente constante y suponen luchas por reivindicaciones particulares.

La tendencia de conducta política antisistema pertenece a grupos muy pequeños dentro de la población marginada, pero carentes de permanencia y continuidad.

En esa lucha por los intereses básicos los marginados deben unirse con el proletariado. Así, el proletariado le ayudará a tomar conciencia de su situación y a distinguir el rostro del opresor.

Sin embargo, a nivel de los intereses inmediatos se puede dar una cierta autonomía de organización y movilización mientras lo permita el sistema. Aquí se plantea una labor pedagógica de crecimiento en la conciencia de las incongruencias del sistema; esto a través de luchas particulares, de pequeñas conquistas, de equipos de trabajo, que los entrenen en la importancia de la unidad, de la lucha organizada, en la conciencia de su situación social, y en la confianza en sí mismo y en sus compañeros como el único camino hacia una liberación que debe nacer de entre ellos, fruto de la toma de conciencia y la lucha solidaria.

II RELACIONES SOCIALES DEL CHIRIPERO Y LA FILOSOFIA DE LA LIBERACION.

La existencia de las condiciones de vida de la familia de un "chiripero", son el fruto natural del desarrollo del sistema capitalista y a la vez un "hecho

testarudo”, no transitorio que cuestiona la eficacia del sistema total. Su subsistencia a partir de sus propios medios, su capacidad de sobrevivir en un sistema que los aplasta, genera un tipo de cultura que son sus alienaciones, es la afirmación de algo distinto. Esto se deduce incluso, a partir de la mera sobrevivencia, como afirma Casimir refiriéndose a la realidad del africano esclavizado:

*“La mera sobrevivencia (con un mínimo de salud mental) del africano esclavizado supone un proyecto económico y político en contraposición de la fórmula burguesa mercantil de colonización”.*²¹

Una auténtica Filosofía de la Liberación surge desde esa alteridad que persiste dentro de la dominación, porque lo nuevo, lo que es capaz de transformar el presente de injusticia en que vive la mayoría de los latinoamericanos, no puede construirse sobre el fango de la opresión y la dependencia donde se han edificado sus casas las clases dominantes. Ellos no pueden ser los artífices de la liberación pues están atados a un futuro que se construye sobre la opresión y la injusticia de la situación presente, en una continuidad de lo vivido; y “toda esperanza construida sobre la opresión y la dependencia es opresora”. La clase dominante planifica su futuro, del que se siente dueño pues “controla” el presente.

*“Sabe que el producto de la inversión presente será el futuro de ganancia, si las cosas no cambian. Todo esfuerzo se pondrá en que no cambien. Es el capitalismo de la esperanza”.*²²

La esperanza liberadora es la que cuestiona, desde su horizonte utópico, las contradicciones del presente, es una esperanza que supone la ruptura de la historia, es la esperanza de los pobres, los explotados, los marginados, que saben que si las cosas no cambian, la historia, el presente, el futuro seguirá siendo fatal desarrollo de la opresión que define el presente.

*“El futuro es para ellos la eternización del presente opresivo. De ahí, el fatalismo: la historia viene prefabricada, la historia no es historia porque no está en movimiento. Hay un destino fosilizante que la paraliza”.*²³

La historia, dentro del capitalismo dependiente, es cíclica; cada día se repite lo mismo: la misma opresión, el mismo ajeteo, el mismo problema. Y el pobre, más que sujeto de esa historia, se siente arrastrado por fuerzas que parecen incontrollables.

Lo único que podría cambiar esto y en lo que son capaces de poner su esperanza, es en un acontecimiento que rompa con el presente: la suerte (sacarse

el premio de la lotería); un acontecimiento milagroso (brujerías, sueños, movimientos mesiánicos) o un acontecimiento político que sea capaz de aprovechar toda su inconformidad con el presente y sus valores de solidaridad.

La esperanza de los pobres lleva en germen la rebelión contra lo establecido. Su esperanza es su utopía, fabricada entre alienaciones y escapes de la realidad, pero donde expresa su identidad, lo que es y lo que espera. Ellos han vivido en carne propia las brutalidades del sistema que simboliza el presente, cuyo "invencible" poder sólo puede ser derrotado por un suceso inesperado que transforme el "continuum" normal de cada día.

Es cierto que la esperanza en los sueños, en la lotería, y en todo "de fuera" que lo salve, no es el camino adecuado para la liberación. Al contrario, son signos reales de su "dependencia" a muchos niveles de la cultura dominante; pero no es menos cierto que a nivel simbólico se plantea un pensamiento totalmente nuevo, distinto, abierto a lo que irrumpe en la historia, a eso que tiene que ser tan diferente que su "llegada" pasa por una muerte del presente, de esta historia presente que el capitalismo ha convertido en cíclica y fatal.

Por todo esto es por lo que, a nivel político, es el marginado, el obrero, el campesino sin tierra, el minifundista, el que levanta la bandera en las grandes manifestaciones, el que está dispuesto a que las cosas cambien (aunque sea de un día para otro), el que estalla más violentamente en las revoluciones, cargado de frustraciones, inseguridades e inmediatez. Estos marginados fueron los primeros que se integraron a los comandos rebeldes en la guerra del 65, como nos dice Fafa Taveras, líder entonces de un grupo de izquierda:

"Todo el desempleado y todo el chiripero y todo el sin oficio o sin domicilio comenzó a integrarse y encontró, yo estimo, una especie de salvoconducto en ese carnaval que se desplegaba en las posibilidades de ejercer algún tipo de autoridad y aspirar de algún chance para enriquecerse o alcanzar algún tipo de jerarquía. Es decir, una reacción instintiva, automática de los sectores más pobres de la población, los arrojó inmediatamente a la resistencia".²⁴

Esta reacción instintiva que marca Fafa Taveras, nos muestra esa inconformidad radical del marginado, ese vivir "desinstalados" en una tierra que no es suya, esas ansias crecientes de salir de su situación; y también nos muestra su profunda frustración, sus alienaciones, su falta de capacidad organizativa por su escasa participación en instituciones formales, que los convirtió en el 65, en "masas incontrolables", y que alejó a la izquierda de estos sectores, definiendo-

les, desde entonces, como "lumpenproletarios", no obstante reconocer su capacidad revolucionaria y explosiva.

"... por donde pasa esa tromba de la marginalidad es una explosión, arrasa con todo. Ahora, tú no puedes hacer cálculos. Esas son circunstancias que se presentan. Sin embargo, el potencial revolucionario que ellos tienen en sí es terrible".²⁵

Las dificultades organizativas para los sectores marginados son muchas y serias, pero no hay duda de que ellos son un sector decisivo para las luchas liberadoras de todos los oprimidos. Los partidos de izquierda de nuestro país han trabajado muy poco estos sectores, minusvalorando la mayoría de las veces, sus valores liberadores de solidaridad, de lucha política y de cuestionamiento vital contra lo establecido. Si ellos siguen llamándolos "lumpenproletarios" y excluyéndolos así de su papel significativo en los procesos de liberación, se están perdiendo de una de sus fuerzas más revolucionarias y radicales.

En la Cultura Popular está ese potencial revolucionario que puede ser calificado de "terrible", en cuanto está mezclado con una afectividad golpeada, en cuanto es una amenaza creciente al orden establecido, en cuanto es un hecho testarudo que muestra las incongruencias del sistema capitalista dependiente y que no puede ser *reducido*, *escondido* o *integrado* al sistema. Su liberación pasa por la cancelación de lo establecido.

Desde esta Cultura Popular podemos leer ya los elementos de una verdadera Filosofía de la liberación que surge de los oprimidos. Ellos son la alteridad que enfrenta la dominación presente, y que "desde la nulidad social plantean la posibilidad radical".

BIBLIOGRAFIA

- *) El presente trabajo corresponde al tercer capítulo de nuestra tesis "Filosofía de la Liberación y Cultura Popular", presentada en la Universidad Católica Madre y Maestra (UCMM) para optar por el título de Licenciado en Filosofía, en 1982.
1. Casimir, J.: "Cultura Oprimida", Ed. Educa, 1973, p. 138.
 2. ————. Ibid., p. 237.

3. Cela, Jorge: "Tesis Sobre La Marginalidad" (en elaboración).
4. Casimir: "Cultura Oprimida", p. 237.
5. Cela: "Tesis", p. 1-1
6. -----, Ibid., p. 10.
7. -----, Ibid., p. 39.
8. -----, Ibid., p. 346.
9. Quijano, Aníbal: "Populismo, Marginalización y Dependencia", Ed. Universitaria Centroamericana, Costa Rica, 1973, p. 295-296.
10. Ferrán, Fernando: "La Familia Nuclear en la Subcultura de la Pobreza Dominicana", Revista "Estudios Sociales", No. 3, 1974, p. 172.
11. Cela: "Tesis", p. 275.
12. -----, Idem.
13. Bosch, Juan: "Composición Social Dominicana", Ed. Alfa y Omega, Santo Domingo, 1981, p. 268-269.
14. Cela: "Tesis", p. 303.
15. -----, Idem.
16. -----, Ibid., p. 315.
17. Bosch: "Composición", p. 268.
18. Duarte, Isis: "Capitalismo y Superpoblación en Santo Domingo", 1980, p. 344-345.
19. Cela: "Cultura Popular", Ediciones Populares, Santo Domingo, 1980, p. 19.
20. -----, "Tesis", p. 318.
21. Casimir: "Cultura Oprimida", p. 165.
22. Cela: "Esperar la Esperanza", Revista "Diálogo", No. 19, Año 1975, p.18.
23. -----, Idem.
24. Cela: "Tesis", p. 96.
25. -----, Ibid., p. 97.